

n la navidad celebramos los cristianos el nacimiento de Jesús de Nazaret. Lo celebramos con alegría porque reconocemos en él a Dios-con-nosotros (Mt 1,22). Como traduce Jerónimo con intuición certera, en Jesús se ha revelado "la humanidad de Dios" (Ti 2,11). Dios es tan humano que no sólo tiene misericordia de nosotros, y nos comprende y nos perdona, sino que ha decidido compartir con nosotros de igual a igual haciéndose uno de nosotros y echando su suerte con la nuestra. Si toda vida es sagrada por haber salido de las manos de Dios y estar animada por el espíritu de creación, la vida humana lo es supremamente porque es la vida del Hijo de Dios. ¿Qué confianza ha tenido Dios en los seres humanos que ha puesto en nuestras manos a su Hijo! Desde muy pronto se vio lo arriesgado de su resolución porque ni siquiera encontró una casa en que nacer y tuvo que venir al mundo en un refugio de animales, y al poco tiempo de nacer ya lo estaban persiguiendo para matarlo.

Sin embargo, aun en esas circunstancias apretadas, encontró unas manos que lo recibieron con firmeza y cariño, y él pudo crecer con el equilibrio que da levantarse con unos padres que lo quieren porque se quieren y que tienen confianza en su futuro porque están en manos de Dios. En la natividad de Jesús hay frío, tremenda escasez y exclusión social; pero la celebramos porque en medio de esa situación tan dura ella significa la bendición de Dios a esta tierra, la acogida de la salvación de Dios por parte de María y José y de los pobres pastores, y el reconocimiento de los magos que representaban a todos los que de oriente y occidente nos sentiríamos llamados por su estrella y llegaríamos un día a adorarlo.

Cada navidad es distinta y nos mueve a celebrar un aspecto especial de ese acontecimiento y a comprometernos con él y caminar a su luz. Esta navidad venezolana que cierra el siglo tiene una particularidad que no podemos ignorar: son los cientos que mueren semanalmente, víctimas de la violencia homicida. En menos de dos años se ha triplicado la tasa de asesinatos. Al año están muriendo por esta causa más que en cualquiera de las últimas guerras. Hace décadas en nuestro país se conocían los crímenes pasionales y los cometidos bajo los efectos del alcohol, los demás eran casos excepcionales. También lo han sido entre nosotros los crímenes políticos. ¿Qué nos ha pasado para que en menos de dos años nos estemos matando tan inhumanamente? Muchos muertos tienen que ver con la droga, otros tienen por autores a bandas organizadas, y otros son producto de la violencia horizontal de jóvenes y adolescentes. En ninguno la causa es directamente la pobreza, aunque ella sea caldo de cultivo para jóvenes y adolescentes que se drogan y se vuelven violentos.

Hay tres factores que combinándose explican a nuestro modo de ver este fenómeno. El primero es la desaparición de un horizonte vital motivador y humanizador, el fin de las utopías y los proyectos históricos, la pérdida de propuestas de vida buena, y, en cambio de todo eso, la siembra descarada y cínica de la desvalorización, del egoísmo privado; la de la lucha de todos contra todos para que prevalezca el más fuerte, el mejor posicionado, el que al carecer de cualquier otra motivación que lo distraiga vive sólo para triunfar sobre los demás.

El segundo es la pérdida de vínculos obligantes. Si no existen entidades colectivas (ni el pueblo, ni el país, ni la humanidad, y tal como vamos ni siquiera la familia), a las que uno pertenece y que son parte de uno, cada quien cuenta sólo con uno mismo y procede según sus preferencias y para sus objetivos particulares. Ése es el sentido del individualismo: si uno no es sino un individuo, las relaciones no lo constituyen a uno como persona, cada quien se hace a sí mismo, es hijo de sí, de sus obras. Las relaciones vienen después, son secundarias, aleatorias y están en función de uno mismo. Si yo no tengo que ver con nadie, ¿por qué lo voy a respetar, más allá de mis conveniencias?

El tercer elemento es la impunidad. Si se ha perdido el respeto y el sentido de obligación y mucho más el sentido de solidaridad, sólo el temor a las desventajas personales contiene de ir hasta donde sea. Si este temor no se da porque la mayoría de los que cometen delitos no reciben el castigo correspondiente o porque la policía es ineficaz o porque está conchavada con los delincuentes o porque los jueces por irresponsabilidad o cohecho los dejan libres, los que perdieron los vínculos y el sentido de la vida saben que nada les coarta de hacer lo que les provoque. Por eso, esta escalada terrorífica.

¿Qué hacer con ella? Tenemos que comenzar por lo primero. Hay que volver a inculcar que la vida es sagrada. Que nada es razón suficiente para matar. Que el ser humano no es dueño de la vida de nadie, ni de la suya, ni menos de la de los demás. Dios da la vida para que se viva humanamente, no para que dispongamos de ella a nuestro antojo. No se puede discul-

# ¿Llegará a crecer el niño Jesús o la violencia segará su vida en flor?

par el asesinato. Si ni Dios puede matar porque matar es descrear y el creador no puede negarse a sí mismo ¿cómo vamos a hacerlo nosotros? Si Dios no tiene poder para matar porque Dios es pura vida, el que mata niega radicalmente a Dios. El poder de matar es un antipoder, por eso el Todopoderoso no lo tiene. Matar es negarse a sí mismo, renunciar a ser imagen de Dios, deshumanizarse. Tenemos que sentir horror sagrado a la posibilidad del asesinato.

Desde este horizonte que considera sagrada la vida, y por tanto inviolable, tenemos que reconstruir lazos. Hemos nacido de otros, nos levantamos gracias a otros y estamos inextricablemente ligados a los demás. Toda la humanidad va en un solo barco y tenemos un solo destino. No hay posibilidad de salvarse por su cuenta ya que cortar las amarras con los demás y reducirse a una privacidad blindada es renunciar a ser humano. El que borra a los demás de su corazón, de su vida, y de sus proyectos, se deshumaniza radicalmente. Por eso tenemos que salir al encuentro de los demás, tenemos que reconocer la responsabilidad por los demás, tenemos que abrirnos a nuestra realidad de ciudadanos del mundo, de venezolanos, de habitantes de una ciudad, de vecinos, de compañeros de trabajo, de cooperadores en grupos y asociaciones. Este mundo de empresas transnacionales con planificación central mundializada y de individuos sueltos que compiten entre sí es un mundo irracional e invivible. No podemos resignarnos a él. Tenemos que entrar en relación. Cristianamente hablando, tenemos que realizar concretamente en cada uno de estos escenarios nuestra condición de hermanos.

Desde este horizonte de sentido y desde esta responsabilidad compartida tenemos que exigir al Estado que cumpla con su papel. A los policías, que no delincan y que sean mejores profesionales. A los jueces, que no absuelvan por dinero o por irresponsabilidad y que sean más solventes. Al gobierno, que se aboque resueltamente a resolver el problema de la criminalidad, porque no hay otro más grave en el país. Y a los medios de comunicación que colaboren, y, de un modo concreto a la televisión, que no siga jugando con fuego.

Si buscamos así la vida, podremos celebrar con ternura y esperanza esta navidad, dura como la primera, pero que Dios quiere que sea vivida con tanta entereza y fe como la vivieron María y José, para que crezca sano Jesús.

## La solidaridad es alimento del amor

Son tiempos de evaluación. Son tiempos en que todos queremos ser buenos. Para quienes han tenido rupturas y pérdidas humanas durante el año, las heridas vuelven a resurgir. Las experiencias de la vida hacen que todos conozcamos la realidad del sufrimiento y el inmenso valor de compartir la compasión. Son tiempos en donde cada ser humano siente la necesidad de realizarse en la promoción de los demás.

Ponerse en lugar de los demás es solidarizarse con las alegrías, privaciones y sufrimientos de los demás entendiendo que tarde o temprano podrán ser las de todos. Y esto no es fácil, como no es fácil entender el inmenso misterio del niño nacido en un pesebre cuyo mensaje nos recuerda lo finito de lo terrenal y la trascendencia del ser humano.

La solidaridad no es generosidad unilateral, tan propia del consumo navideño, sino que implica reconocer que la suerte de cada uno de nosotros está comprometida por la de los demás, y que nuestra realización personal será imposible cuando a mi prójimo se le niegan las posibilidades de su dignidad personal. Las exclusiones perversas hacia hermanos que sufren el desplazamiento de sus arraigos como son los refugiados, en donde prejuicios raciales y sociales nos hacen ser indiferentes a su dignidad, claman por nuestra solidaridad. Los miles de indocumentados a quienes les negamos el derecho a ser ciudadanos, claman por nuestra solidaridad. Los niños y los ancianos, las discriminaciones odiosas sustentadas en actitudes xenofóbicas, nos deben llevar a pensar y abrirnos a la comprensión de que el sufrimiento es muchas veces independiente de la voluntad y de los esfuerzos de quien sufre.

El solo abrir nuestros corazones y mentes a las contradicciones del mundo que nos rodea, es un camino para alimentar nuestro amor al prójimo.

A todos nuestro lectores y amigos les reiteramos nuestra confianza en el camino de construir el reino del amor.